

contra la institucion divina, el abuso del poder civil contra la libertad externa de la Iglesia; y los golpes que ésta sufrió de los príncipes y magistrados en los tiempos del arrianismo, así como de los reyes en los tiempos de la reforma, representan el mismo cuadro. Viceversa, el término de los martirios y la inauguracion social de la Iglesia católica por la conversion de Constantino, sus triunfos tambien sociales sobre todos los arrianos al inaugurarse Recaredo en el trono, y todas las restauraciones posteriores no han sido mas que el recobro conseguido por la Iglesia de su libertad externa.

Tal es por lo mismo, señores, el gran voto que debemos formar como hijos de esta madre tierna, perseguida y desolada en circunstancias tan terribles y en ocasion tan solemne: y no soi yo quién resume la necesidad y su remedio en este voto final; es la Iglesia misma, que va siempre, con su sabiduría y su piedad, mui delante de nuestros pensamientos y deseos. ¡Qué pide al Señor en las mas terribles de sus crisis! que escuche benigno sus inflamados ruegos. ¡Con qué objeto? con el de que desaparezcan los errores que atacan la doctrina, y todas las adversidades conjuradas contra ella. ¡Y con qué fin? ¡Acaso con el de conservar su institucion, su sabiduría, su magisterio, su derecho? No; sino solo con el de recobrar su libertad para servir sin obstáculo á los designios que tuvo el mismo Dios al instituir-la: *Ut, destructis adversitatibus et erroribus universis, secura tibi seruiat libertate.*

Mas no debemos limitar, católicos, á solo esto nuestros deseos y nuestros votos: porque si el recobro de la libertad externa de la Iglesia es un paso gigantesco para el remedio de las necesidades presentes; no es de poca importancia, que el gobierno ponga los medios eficaces para conseguir la restauracion de la paz en el órden político, para los grandes fines de la institucion del Estado.

## SEGUNDA PARTE.

El Estado ve como su necesidad suprema el restablecimiento de la paz, y tiene razon, señores: porque la guerra es el agente constante de la disolucion, y la paz es al mismo tiempo el resultado y el medio de la unidad. Jesucristo Señor nuestro nos dijo sobre esto dos palabras, pero de tan profundo sentido, que bastan por sí solas para comprender el carácter de una situacion y predecir el porvenir de un pueblo: "Todo reino dividido será desolado." ¡Y por qué, señores! porque la division de un reino es la dislocacion de un cuerpo, y esta dislocacion

es un síntoma de muerte. Nosotros estamos divididos: contamos ya medio siglo de esta division: la paz ha dejado caer de tiempo en tiempo bellos crepúsculos sobre nuestro horizonte; bellos pero breves, y tanto, que parece no han servido sino solo para hacer mas intenso y penoso el sentimiento de su privacion.

Constantemente se ha buscado la paz con toda la fuerza de los deseos; pero se ha buscado con el espíritu de las pasiones, en el sentido de los intereses y con independencia del cielo, y esto ha sido bastante para que no se haya conquistado jamas. Hoi dia esta necesidad se extiende y explica con mayor fuerza que nunca; porque nunca la guerra se habia mostrado en México ni mas tenaz, ni mas airada, ni mas desastrosa que en estos desgraciados tiempos: azote inmenso, que se cruza por toda la nacion; azote cruel, que ha hecho correr mucha sangre; azote bárbaro, que ha hecho desaparecer hasta los vestigios de la civilizacion, esparciendo por todas partes el terror y el espanto. Nada pues mas necesario, nada mas urgente que el pronto restablecimiento de la paz, y ningun voto mas justo que el que se dirige á conseguirla. Pero, señores, aunque la primera condicion indispensable para el recobro ó adquisicion de un bien sea desearle ardiente y sinceramente, de nada serviria solo el deseo, por intenso que fuese, si no se pusieran en práctica los medios conducentes para verle realizado. ¡Cuáles son estos medios? En el órden de la religion, de la moral y de la prudencia cristiana, únicos de que yo puedo hablaros como ministro de la palabra evangélica, os diré que todos están cifrados en un recurso eficaz y pronto al Dispensador único de los verdaderos bienes, y por esto he dicho que el Gobierno, para obtener y consolidar la paz en el Estado, ha menester de asirse del órden sobrenatural y cooperar con él, se entiende sin abandonar los medios naturales que Dios nos dispensa, pues el recto empleo de las causas segundas es precisamente la cooperacion del hombre con la Providencia de Dios á fin de conseguir el bien. Para persuadirnos evidentemente de tan importante verdad, hai dos medios seguros: primero, conocer cuál es el origen de la paz; segundo, descubrir las verdaderas causas de la guerra.

¡Cuál es, decidme, el origen de la paz? ¡quién la podrá volver á nuestra patria? ¡Acaso el Estado? No señores: si este clama por ella, impulsado por el sentimiento de una necesidad imperiosa, es porque no la tiene, porque no ha podido reconquistarla. ¡Cómo pues podría darla por sí mismo? No, señores: el Estado no da la paz, la pide: la fuente de este bien está fuera de él y no en él; puede sin duda re-

cibirla, puede aprovecharla, puede conservarla; pero darla, no, jamas: el Estado no da la paz; la pide. Por esto he dicho que, para conseguir la paz, ha menester de pedirla, y añadiré ahora, que necesita pedirla al único que es capaz de darla, pedirla, llenando las condiciones que ha puesto para su dispensacion, esperarla con fe y conservarla con todo su poder.

¿Quién dará la paz á Méjico? ¿Acaso el poder de los guerreros, los triunfos de las armas? No, señores: una victoria humilla y despecha, reserva profundos resentimientos en lo mas íntimo del corazon, enardece los ánimos y prepara horribles represalias. Mas el noble ascendiente de la virtud engendra sentimientos de otra naturaleza, prepara triunfos de mas elevado carácter, domina por la admiracion y el amor, dos poderes de los mas grandes que el hombre es capaz de desarrollar. No esperéis, pues, que el elemento físico decida favorablemente para el Estado, solo por sí, la grave cuestion de la paz. ¿Acaso la encontraremos en una combinacion de intereses capaz de conciliar los ánimos divididos principalmente por ellos? Tampoco: los intereses puramente materiales, cuando no están fundados en los intereses morales y garantidos por la justicia eterna, podrán dar una tregua, pero nunca establecer la paz. ¿Acaso, por último, esperarémos tan precioso bien de las hábiles combinaciones y acertadas medidas de la alta política? Señores, la política es una ciencia vasta pero dentro de un círculo reducido: dilatad las dimensiones, y la veréis perderse. Tal vez me explico así, por ser una ciencia que yo no poseo; pero esto no me inquieta, porque no necesito de tal ciencia ni por el lugar en que hablo, ni para el objeto que me ocupa: yo sé que una Cruz de madera, una Cruz que habia figurado ántes como el mas ignominioso patíbulo, y que aun, muerto en ella el Salvador, fué apellidada *escándalo* por el judío, y *locura* por el gentil, ha cambiado la faz de la tierra, y no solamente respecto de la religion, sino tambien de la política; la Cruz ha constituido la sociedad moderna, civilizado al mundo y formulado la verdadera ciencia del gobierno. Dejo, pues, con gusto ese arte maravilloso del equilibrio, de la representacion y de los golpes de estado, para decir con el Apóstol: “No quiero saber otra cosa que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado.”

Si pues no son las armas con sus triunfos, ni los intereses con sus combinaciones, ni la política con sus altas medidas, las causas productoras de la paz, ¿de quién debemos esperarla, católicos? ¿Dónde volverémos nuestros ojos? ¿Quién dará la paz á Méjico? ¿Quién? ... Atended,

Una noche, hallándose varios pastores en las cercanías de Bethlehem velando sobre su ganado, fuéron repentinamente inundados en el esplendor de una luz celestial, vieron inmediato á ellos un angel del Señor que les anunció, como un gran gozo, que acababa de nacer el Salvador del mundo, y á poco les apareció con aquel ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, exclamando á una voz: “Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.” Ved pues, Señores el oriente bellísimo de la paz; ved en el establo de Bethlehem, de entre las pajas mismas que rodean la cuna del Salvador, levantarse la paz como un astro benéfico destinado á dar la vuelta al mundo. Antes de Jesucristo, señores, no habia paz. ¿Por qué? porque el hombre habia roto con el cielo desde la primera culpa, y necesitaba de un mediador que, reconciliándole con Dios, le volviese á su alianza: el hombre no estaba en paz consigo mismo, porque en la guerra constante de sus pasiones y sus vicios, sufría las derrotas consiguientes á la depravacion de su naturaleza: el hombre se hallaba en una guerra constante: guerra individual, guerra doméstica, guerra política, guerra social. Fué necesario, para que la verdadera paz llegase á reinar en la tierra, que Jesucristo viniese á establecerla en persona. He aquí por qué la gloria de Dios y la paz de los hombres fuéron, como acabáis de oírlo, el bellísimo tema de aquel cántico celestial con que los ángeles saludaron su advenimiento.

Este mismo tema, señores, está manifestando que la paz de los hombres, y por tanto, la paz del Estado, es inseparable de la gloria de Dios; y en consecuencia, que buscar la paz con independencia de esta gloria, buscar la paz fuera del único poder capaz de dispensarla, fuera de los designios del Señor, fuera de su lei santa ó contra ella, es bogar en el caos, precipitarse en los abismos. Pronunciarán los labios la bella palabra; mas no verá el entendimiento, no sentirá el corazon lo que esta palabra representa: “paz, paz,” dirán todos; pero no habrá paz. Paz fuera del cielo, independiente de la conciencia y extraña mas ó ménos á la justicia moral, no es paz; será como una de esas apacibles montañas que al través de su hermosura ocultan un cúmulo inmenso de combustibles, que á la hora ménos pensada rompen las entrañas de la tierra y sepultan entre sus ruinas pueblos enteros. Si pues la historia nos manifiesta treguas mas ó ménos largas, estaciones muy parecidas á la paz; la crítica no encuentra fundamentos para reconocer el reinado de la verdadera paz sino solo en aquellos pueblos y en aquellas épocas en que las instituciones políticas han estado fundadas en el carácter

de la sociedad, y por tanto, en perfecta armonía con la institucion religiosa y con la justicia moral.

Si solo en Dios está la fuente de la verdadera paz, esta sola verdad basta para conducirnos á descubrir las causas de la guerra: pues por lei de rigurosa consecuencia debemos encontrarlas donde se hayan roto los vínculos morales que deben ligar con él, no solamente al individuo particular, sino tambien á la sociedad. Recordad, si no, las causas de tantos desastres como han afligido y trabajado á las naciones mas florecientes: este estudio es universal; es un espejo donde pueden verse todos los pueblos desgraciados. ¿Por dónde ha comenzado la obra del mal en otras sociedades? por el desconcierto de la voluntad en sus deseos. ¿Por dónde ha mediado? por el extravío del entendimiento en sus consejos. ¿Por dónde ha llegado al último extremo? por la injusticia de los hombres públicos en su conducta. En efecto, señores: desde el momento en que la religion deja de ser el crisol en que se prueban los deseos, el hombre pierde los caminos fáciles de la felicidad, y se entra por los senderos espinosos y difíciles de la desgracia, y esto sucede cuando el bien comun se pospone al interes privado, cuando el egoismo reemplaza al espíritu público; en suma, cuando el choque de los intereses materiales hace desaparecer, entre la nube de polvo que levantan, el amor de la patria. Una vez pervertidos los deseos, una vez resuelta la voluntad á seguir el camino de las pasiones, el entendimiento abandona los medios eficaces que conducen al bien, y se agota en combinaciones inicuas que no pueden traer sino desgracias. Finalmente cuando las cosas han llegado á tan lamentables extremos, la sociedad es mui semejante á un hombre que desfallece, casi sin esperanza de vida, víctima de sus extravíos, de sus errores y de sus pasiones, en el fango de los vicios, y que ya no conserva, segun la expresion de un orador eminente, "sino solo aquel resto de vida que basta para animar á un cadáver."

Pero sin salir, señores, de nuestra propia historia, sin buscar otra luz que la que nos ministra en abundancia nuestra propia experiencia, veamos dónde está la causa de la guerra, porque solo descubriendo el mal podremos atinar con el remedio. Mas de una vez la aparicion y prolongacion de una crisis horrible viene de donde al parecer no podia esperarse, ménos del equilibrio de la fuerza física y de la contraposicion de nuevos intereses inconciliables, que de una vista superficial ó indiferente sobre el origen de la contienda. Hé aquí nuestro caso.

Porque ¿cuál es el origen de la guerra que hoi está devorando á nuestra

patria? Si me decís, señores, que Tacubaya, os diré que no: si me decís que Ayutla, os responderé que no; si me decís que Jalisco, os replicaré que no: si dais otros dos ó tres pasos atrás, desandando la carrera de nuestras revoluciones civiles, os repetiré lo mismo: ventaja inapreciable para mí; pues alejándome un poco del teatro, me facilita el ser mas explícito sin temor de irritar susceptibilidades presentes.

La causa de la guerra viene de un hecho antiguo que prendiendo como una ponzoña en el corazon de esta sociedad, la ha desorganizado radicalmente, haciéndola pasar de los fuertes sacudimientos de una rabiosa fiebre hasta el marasmo de una consuncion que la tiene trasformada en un cadáver; de haber cedido á un alucinamiento fatal, de haber querido sustituir el pensamiento de Dios con el pensamiento del hombre, la obra de Dios con la obra del hombre, la constitucion social con la constitucion política. El empeño loco de constituir una sociedad, que solo necesitaba independenciá, nos dividió á todos desde que ésta se hubo conseguido; pues cada uno quiso hacer á México á su gusto, buscando tipos fuera de aquí. Se la hizo monarquía, regencia, república federal, república central, dictadura, &c. &c., y cada nuevo vestido la ha quitado algo de su carne. A la hora en que os hablo, se los ha puesto todos, pero no le queda hueso sano. Despues de un largo viaje venimos á sorprendernos con la ruina del movimiento; no podemos dar un paso, porque lo hemos consumido todo: elementos morales, sentimientos patrióticos, espíritu público, carácter nacional. Despues de haber lisonjeado á otros pueblos con el empeño de parecérnosles, no hai uno que nos haga caso, uno que no nos desprecie.

Acabo de manifestaros que hemos corrompido nuestros caminos, y en tan lamentable aberracion he encontrado el fatal origen de la inestabilidad del orden y la permanencia de la guerra con todos sus desastres. Ahora debo deducir las consecuencias prácticas de tan importante doctrina: porque ellas deben servir á la autoridad pública de norte para encontrar los medios morales que deben facilitarle restablecer la paz en el Estado. ¿Cuáles son estas consecuencias? que si á causas opuestas corresponden efectos igualmente opuestos; si las causas del mal consisten precisamente en la triple degeneracion moral de los deseos, los consejos y la conducta; el restablecimiento y consolidacion del orden y la paz demandan una triple reforma: primera, la de los deseos, apartándolos del mal y convirtiéndolos al bien; segunda, la de los consejos, buscándolos en la verdadera sabiduría; tercera, la de las obras, enca-minándolas constantemente á la justicia.

La santidad de los deseos, señores, base de la reforma y primera condicion de la paz, es cosa de un carácter tan puro y de un rango tan excelso, que si ella hubiera sido siempre nuestro punto de partida, no nos hallariamos en el tristísimo estado de abyeccion y ruina en que nos encontramos hoy. No basta formar conceptos especulativos y hacer bellos discursos sobre la dignidad, el derecho y la necesidad imperiosa de la religion para un pueblo. “No todo el que me dice: “Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos” dijo Aquél que para caracterizar al pueblo que le aplaudia la víspera de sacrificarle, pronunció esta sentencia tan terrible: “Este pueblo me honra con los labios pero el corazon de ellos está lejos de mí.”<sup>1</sup> La santidad de los deseos es el voto puro y sincero que forma en el corazon católico el zelo por la honra y gloria de Dios, que todo lo encamina y dirige á que triunfe su gracia sobre el pecado, á que se cumpla íntegramente su divina lei. Pero si no es este el carácter de los deseos que se tienen, si cada uno sustituye á él sus intereses particulares, sus pasiones &c., entónces, por mas que se clame Dios y religion, falta la base fundamental del órden y la primera condicion de la paz.

¿Y cuál será el criterio en que se prueba la existencia y seguridad plena de que hai una intencion pura, un deseo verdaderamente santo? La rectitud constante de la conciencia en su dictámen. Este código del buen consejo, para los pueblos y gobiernos, consiste, no en las máximas de esa política falsa que mide los fines por la razon de las circunstancias y la lei de la conveniencia, y aplica los medios sin discernirlos, sin calificarlos, sin probarlos en el crisol de la justicia; sino en esos principios eternos que no declinan jamas ni á diestra ni á siniestra, que no se atemperan á las pasiones, que no se doblegan á los intereses; en esos principios que no fundan un fallo de bondad, sino únicamente cuando ésta se halla íntegra en la intencion, medio y fines de los actos, y proscriben, por tanto, como una plaga terrible, los medios malos aun cuando se pretendan aplicar á fines buenos.

¿Qué os diré de lo tercero? La justicia de las obras, es el último paso del bien en sus caminos, es el verdadero carácter de una marcha santa, recta y laboriosa en pro de la felicidad que se busca, es el toque solemne que advierte la existencia ó anuncia las cercanías de la paz. La justicia de las obras representa el mayor poder que pueden ejercer los hombres, el bien mas precioso que pueden desear los pue-

1 Math. cap. XV, v. 8.—Is. cap. XXIX, v. 13.

blós: haya justicia en las obras, y habrá rectitud en los consejos, y habrá pureza en las intenciones, santidad en los deseos. Dadme esto, señores, y os daré la realizacion del bello ideal de una nacion fuerte y perfecta, y os diré con toda la seguridad que inspiran las profundas convicciones: “todo lo tenéis, no busquéis otra cosa: la sociedad que formáis está perfectamente constituida: su legislacion y su administracion pública son el espejo en que se reproducen su carácter esencial, sus atributos constitutivos, aquello que debe á la sabiduría y al poder de su Divino Autor: tenéis derechos acatados, deberes sancionados, garantías efectivas: vuestra vida, vuestra propiedad, vuestra seguridad individual, vuestros intereses domésticos, vuestra honra, todo está perfectamente asegurado. ¡Dichosos vosotros, miéntras os contentéis con esto! ¡Desgraciados; empero, y mui mucho, cuando fastidiados de ser felices, sujetéis vuestro estado social á la lei de la moda política, empecéis á imaginar nuevos modos de ser, y vendáis vuestro buen sentido práctico á los seductores prestigios de una ciencia, que, atrayendo con la exactitud facticia de sus sistemas y el embeleso de su palabra, no hace mas que brindar á pueblos noveles, en una copa de oro coronada de flores, el tósigo fatal que insensiblemente va conduciendo á la sociedad á la muerte!

Ahora bien, ¿en cuál de estos dos casos nos encontramos nosotros? ¿en el de recibir esta felicitacion, ó llorar esta desgracia? ¿Qué pregunta, señores! ¿Ha podido, puede ser mas deplorable la situacion de nuestra patria? Nace apénas, y ya la véis marchitarse como una bella flor: es joven, y sin embargo parece un cadáver: si no está ya en el sepulcro, es porque ha sido mui prolongada su agonía. ¿Dónde está la perfecta unidad de sus antiguas creencias? ¿dónde el buen sentido práctico que ántes gobernaba su conducta? ¿dónde aquella moralidad hija toda y sola de sus bien formados hábitos? ¿dónde aquellos tesoros que hicieron un tiempo su riqueza proverbial en el mundo? ¿dónde aquella rica y fecunda combinacion de elementos que tantas consideraciones llegaron á merecerle de las naciones mas cultas? Yo no veo, señores, sino un pueblo profundamente minado en sus creencias, mas que minado en sus costumbres, extraviado de todos los caminos que conducen al bien, fascinado, seducido por multitud de objetos que hubiera debido despreciar; un pueblo despedazado por sí mismo, víctima de la mas horrible miseria, esclavo de mil necesidades que ya no puede satisfacer, reducido á pedir hasta el agua de agena mano.... No veo mas que fortunas destruidas, establecimientos arruinados: no veo mas que

guerra por todas partes, sangre corriendo á torrentes, luto, hofandad, miseria, lágrimas, desesperacion, muerte. ¿A quién compararemos, señores, el estado trístísimo de esta nueva Jerusalem? ¿Dónde hallarémos, para no discurrir estérilmente, un tipo tan exacto, que nos muestre á un tiempo mismo la causa del horrible mal que nos devora, el mortal extremo á donde nos ha conducido, y el único remedio que nos queda para salvarnos de él?

El Santo Evangelio nos ha dado la imágen mas perfecta de un pecador vuelto sobre sí, restituído á la vida de la gracia despues de haber llegado á la última crisis moral de su esperanza, en la tierna y profunda parábola del Hijo pródigo. ¿No podría yo servirme de ella para representar el triste y lastimoso estado de nuestra patria? Oidme:

Méjico, poseedora de un territorio vasto, de un suelo fecundo, de un bello cielo, de todos los tesoros de una naturaleza vírgen y opulenta; Méjico, pueblo en que resplandecian á la par las virtudes religiosas y las virtudes sociales, dotada de un carácter dulce, de una disposicion feliz para el bien, no solicitaba ya otra cosa, para llegar á la cumbre de la prosperidad y grandeza, que hacerse independiente de su antigua metrópoli, formar por sí un Estado político, seguir la vocacion social de todos los pueblos de la tierra: y Dios nuestro Señor, obsequiando sus deseos, le concedió la independencía, bien así como al mas jóven de sus dos hijos el padre de familia le dió su legítima hereditaria, defiriendo á su pedido. La independencía, señores, es un bien, un bien de primer orden, un bien de fecunda virtualidad. La independencía es un bien, y por eso nos la concedió el Señor; porque Dios no da el mal: la independencía es un bien, como lo es el estado para el individuo, es una condicion legal, honesta y justa en la sociedad civil: la independencía es un bien de primer orden, porque sin ella nunca tendrá rango de nacion pueblo ninguno: la independencía es un bien virtualidad fecundísima, porque dando al Estado el poder bastante para regirse por sí mismo, le coloca en el camino recto de la perfeccion y la prosperidad.

El Hijo pródigo, acabando de recibir su patrimonio, se marchó á lejanas tierras, y acabó con cuanto tenia, viviendo desordenadamente. Nosotros hemos hecho lo mismo: en lugar de aprovechar todos los bienes que recibimos de Dios como otros tantos talentos, mediante la fuerza de accion que nos daba nuestra independencía, nos olvidámos al instante de nuestro propio suelo y de nuestra casa, para irnos á remotos países, donde disipámos nuestro rico patrimonio. Es decir, se-

ñores: inmediatamente prescindimos de lo que Méjico podía y debía ser, constituido con la combinacion de sus elementos propios, de su religion, de sus máximas, de sus costumbres, y de tantos bienes inapreciables; y á despecho de la experiencia y del buen sentido, no tratámos de otra cosa que de violentar su carácter social á fuerza de quererle asemejar á pueblos extraños. Miéntas tuvimos algo que provocase la codicia y alhagase los intereses, éramos recibidos en todas partes, y mui bien; pero cuando nuestra prodigalidad nos hubo conducido á la miseria y casi al sepulcro, todos pasan de largo frente de nosotros, y no merecemos cuando mucho sino insultantes apodos á los mismos que mas han trabajado en reducirnos á lo que somos.

El pródigo tuvo hambre, pedia pan, y nadie se le daba: envidió, ya lo sabéis, hasta las bellotas de los animales inmundos que le puso á cuidar el amo cruel bajo cuya servidumbre gemia: nosotros, esclavizados á nuestras pasiones, abandonados de los que un tiempo se llamaron nuestros amigos, sufrimos la hambre, la miseria, la privacion mas absoluta, desfallecemos consumidos en el lecho del dolor.

Ved aquí una semejanza perfectísima en las causas y en el extremo del mal: éste representa las consecuencias y el castigo de nuestros pecados, de nuestros desórdenes, de nuestros extravíos. No estaríamos así, tenedlo por cierto, si no hubiésemos abandonado al Señor, depuesto del corazon los santos deseos que todo lo fundan en su sabiduría y en su poder, y todo lo dirigen á su alabanza y gloria, desertado del camino recto de la verdadera sabiduría y precipitádonos en los trabajosos senderos de la iniquidad; si no hubiésemos torcido la justicia, quitándola de nuestras obras, é introducido así los elementos de la guerra en el seno mismo de nuestra patria; si no hubiésemos abusado del don de Dios, opuesto nuestro pensamiento al suyo, y arrojado léjos de nosotros la ligera carga y el suave yugo de su lei, para recibir las cadenas de nuestros enemigos.

¿Y no hai remedio? Si le hai, señores: le tuvo aquel jóven descarriado, y esto nos basta para no desfallecer. Sí, Señores: nuestros males extremos tienen un remedio seguro, eficaz y pronto, un remedio mui distante del que ponen los pueblos para salir de su abatimiento ántes de franquearse á las inspiraciones felices de la gracia; un remedio que consiste, no en los cálculos fallidos y combinaciones de una vanidosa política, no en la organizacion de poderosos ejércitos, no en el anhelo por victorias decisivas, no en combinaciones de intereses que conten-

tan á los poderosos, dejando á los pueblos en su abyeccion y miseria; no en el favor y proteccion de brazos que llevan mucho tiempo de haber muerto para el espíritu, pareciendo no tener vida sino solo para los sentidos y la materia; no en los recursos siempre limitados del poder humano; sino solo en levantarnos pronto, como el pródigo, al noble impulso de un sincero arrepentimiento, en volar sobre las alas de esa esperanza cristiana, que nunca fué confundida, en pos del abandonado Padre, que nos busca y espera, de ese Padre siempre vivo porque es Eterno, siempre fuerte porque es Omnipotente, siempre dulce, tierno y compasivo, porque es infinitamente bueno y misericordioso; de ese Dios Salvador, que, aunque sentado en los cielos á la diestra de su Padre, nunca separa de esta tierra, regada con su sangre, comprada con su sacrificio, santificada con su gracia, ni sus ojos ni su corazon. Este es el remedio: remedio universal, pues á todos cura; remedio inmenso, pues todo lo sana; remedio constante, pues no falta jamas; remedio pronto, pues á un sincero *pequé* responde con esta palabra de vida: "Ya estás curado, camina en paz." Este es el remedio que os propongo, señores, con tanta mayor confianza, cuanto que tenemos á la vista á esa Madre tierna que no en vano cuenta entre sus títulos el de ser Refugio de pecadores. Conducidos pues por ella, volemós á los piés de nuestro Padre ofendido, movamos su piedad paternal con los ruegos de tan piadosa Madre, y digámosle con el doble sentimiento de la contricion y la esperanza: "Padre, pecámos contra el cielo y delante de vos; ya no somos dignos de llamarnos hijos vuestros."

Hagámoslo, señores, hagámoslo como hacerse debe, y no tardarémos en escuchar el concierto melodioso de una nueva aliánza, sentarnos al festin del regocijo, recibir la estola de gala, y lucir en la bella sortija de nuestro dedo la munificencia de nuestro Padre celestial.

Pero qué, para llegar á este punto, para obtener, mediante un paso decisivo de la conducta, el deseado retorno de la dicha perdida con la cesacion de la guerra y el restablecimiento de la paz, ¿bastará por ventura, católicos, que las autoridades todas, fijándose de preferencia en estos medios, como los primeros y fundamentales de todos, acudan á Dios por sí mismas, elamen al cielo por gracia y cooperen á la restauracion de la paz en los términos que deben hacerlo conforme á las ideas de la religion y la moral? No por cierto. Dados estos pasos, es verdad que bastante se tiene adelantado; pero lo es asimismo que aun queda mucho por hacer. Esta gran reforma, señores, debe ser obra, no solo de la Iglesia, que está siempre pronta á iniciarla con

sus principios y realizarla con su ministerio, no solo del Gobierno, por mui dispuesto que se halle á cooperar con todo su poder y medios de accion; sino tambien, y mui principalmente, del pueblo, que debe poner por obra cuanto conduce á su verdadera felicidad. ¿Cómo conseguir tan importantes bienes? Por medio de la unidad católica, última verdad que me he propuesto demostraros.

## TERCERA PARTE.

Una vista sobre el paganismo, que busca la unidad sin encontrarla, y por tanto no la puede establecer ni en las persuaciones y las creencias, ni en las costumbres y las leyes, ni en el carácter social de las naciones; una vista sobre el catolicismo, que propaga la doctrina, forma la moral, constituye el Estado, concierta los elementos sociales de los pueblos, neutraliza los obstáculos que la desigualdad individual pone al órden social; y una vista, por último, sobre el racionalismo de nuestra época conspirando abiertamente contra toda autoridad, contra todo magisterio, proclamando todas las emancipaciones, la de la inteligencia, la de la voluntad y la de la libertad, y minando, en proporcion que avanza, el triple edificio de la creencia, de la moral y de la lei: todo esto, señores, despidió bastante luz para conocer evidentemente que la unidad católica es la única unidad religiosa posible, es la única que concierta los elementos individuales y sociales de la especie humana, la única precursora del órden, garantía de la paz, fuente de los verdaderos bienes á que deben aspirar todas las sociedades.

Sin duda alguna, señores, que es un espectáculo sorprendente á par que maravilloso, el que á nuestra vista presenta la historia del gentilismo desde sus primeros ensayos filosóficos y políticos hasta la época en que pareció tocar á los últimos grados de la perfeccion que cabia en un órden exclusivamente natural. Vehementemente impulsado por la fuerza de sus instintos hácia la unidad social, que veia como la suma de todas las fuerzas intelectuales, morales y políticas, cuyo concierto debia producir el órden, la paz y prosperidad pública, desarrolló prodigiosamente cuantos medios podia prestarle la simple naturaleza en el órden de las ideas, de las costumbres y de las leyes, para establecerla. Mas con todo esto, ¿qué consiguieron las sociedades gentiles en el triple órden de las ideas, los sentimientos y las instituciones? lo contrario de lo que buscaban. Buscaron la unidad intelectual, y no encontraron mas que la anarquía del pensamiento: buscaron la unidad